

Amadeo I

R Largo

Proteo Liviano

Llega el chico de Saboya a Madrid y se encuentra con que el que le ha traído a reinar a este país de locos ha sido asesinado.

Se nos presenta Tito reconociendo que en su sangre hay mezcla de absolutistas rabiosos y mártires de la libertad, de crueles verdugos y fieros demagogos.

También nos habla de Obdulia, una muñeca encantadora, y de Celestina Tirado, que le facilita lugares y horarios para sus entrevistas con la muñeca.

Y nos habla de la reina doña María Victoria, mujer de buena presencia y más que regulares carnes.

Y nos cuenta Tito que tenía un amigo canario que le invitó a trabajar en el periódico El Debate.

Y nos habla de una misteriosa Tía Clío, que aparece y desaparece como un duende.

Y hablando de política afirma que dos bueyes, el unionista y el progresista, tiran del arado, y que el surco sale de cualquier manera menos derecho.

Y nos cita a una “dama de las patillas”.

Y nos dice que su nombre es Proteo Liviano, pero que decidió tomar el nombre del historiador paduano “Tito Livio”, alias que como es natural recortó en Tito.

Don Higinio

Nos sigue presentando Tito a sus conocimientos. Y conocemos a la misteriosa Graziella y a su protector, el cura don Hilario Peña, autor de “Historia del Clero Mozárabe en la diócesis de Toledo”.

Y nos lleva Tito al pueblo donde se crió, Oña. Se desplaza con su padre a Frías. En Miranda nos presenta a su hermana Pascuala y en Durango a otra hermana, Trigidia.

En Durango sabemos que Moriones ha dado una paliza a los carlistas.

Y tenemos a Tito de conferenciante: la pieza se llama “Proclamación de la República Hispano-Pontificia”.

De vuelta en Madrid tenemos a Tito duendeando en el coche en el que van el Rey y su amigo Benifayó. Paran en un palacete de una calle serpenteante. Dentro espera una mujer de patillas varoniles y original belleza. El rey se dirige a ella con el nombre de Adela.

Tenemos un atentado contra los reyes, sin consecuencias.

Santander

Y tenemos a Tito dando largos paseos hasta Cabo Mayor, junto a Obdulia.

Y tenemos al rey en un lindo palacete del Sardinero.

Y a los soldados se les sitúa en tiendas de lona en los pinares que rodean la playa. El motivo es que el alcalde, el republicano Sañudo, se niega a que se alojen en las casas de los santanderinos.

Y tenemos a Adela, la dama de las patillas, paseando por la playa de los Molinucos.

Y a una bella “corresponsala” del Times nadando en las aguas santanderinas.

Toledo

Otra vez en Madrid, Tito escucha el pronóstico del periodista zamorano José Ferreras: “vendrá la Restauración borbónica y la traeran los republicanos después del gran barullo”.

Visitan Toledo Tito y Obdulia y cenando en la posada se les aparece la madre Mariana, o la Tía Clío si se quiere. Tito cree ver a la viuda de Padilla, al rey Wamba y al poeta Garcilaso.

De nuevo en la capital Tito visita a Mariclío en la casa de don Hilario.

La sorpresa de nuestro héroe fue pasmo y admiración cuando vio a Mariclío transfigurada de vieja caduca en matrona gallarda de rostro helénico. Tiembla de emoción al oír el sonido de su voz, pronunciando este imperativo llamamiento: «Graziella, ven; ha llegado la hora. Tráeme la diadema. Mis borceguíes de tacones de oro».

Pepe Ferreras habló con solemnidad: “Don Amadeo se va; don Amadeo vuelve la espalda a este pueblo de locos.”

Mariclío, calzando el coturno y en su frente la diadema, mediante sus labios mudos decía: «Al fin encontré la página hermosa. Ahora soy quien soy».

Se van don Amadeo y doña María Victoria y nos dejan la República presidida por don Estanislao Figueras.